

encontraba menos cortado y más á su gusto. La compañía italiana del gran teatro estaba toda á su disposición y podían pedir al bajo Deodatto... ó sinó mejor al barítono Paganetti que era alto y largo como Fagan, cualquier traje... ¡Vamos! ya está aquí Fermín... Fermín otro cubierto... el señor come conmigo.

Parecía que la humedad de la escalera se había apoderado de la habitación, alta de techo y escasamente amueblada con muebles antiguos y severos, que la señora viuda de Limperani, madre de un capellán de la armada, ausente por algunos años, alquilaba al Barón Rouchouze. Conchas, plantas exóticas, corales secos, una fragata en miniatura sobre la chimenea; estampas é imágenes religiosas en las paredes; y por todas partes, en los respaldos de los sillones ajados, en el mármol cascado de la consola, veletes y re-

dondeles de crochet; alfombritas delante del sofá para disimular lo blancuzco del piso; todo frío, mal alumbrado, incómodo y empobrecido aún más por un olor á cebolla frita que venía de la cocina. El contraste que resultaba entre la instalación y las maneras afectadamente elegantes del Barón y del majestuoso Fermín, era verdaderamente cómico.

El criado parecía todavía más cortado que su amo de tener que iniciar á un parisién en las miserias de su modo de vivir; para disimularlas, exageraba la tiesura y la corrección de su aire al pronunciar un «el señor Barón está servido» con una solemnidad completamente inútil, puesto que había que entrar en un comedor sin fuego, sin cortinas en las ventanas negras y altas por las que se veían á modo de estrellas las temblorosas luces de los faroles de los barcos, y sentarse á la mesa



melancólica en que humeaba la sopa de cebolla entre un plato de pescado cocido y la cuajada tradicional, el *bruccio* sin el cual no hay comida posible en Córcega.

¡No se podía negar! El señor Barón estaba servido, pero lastimosamente; sin embargo, la modestia del servicio no le impedía contonearse y guiñar los ojos con picardía mientras contaba, durante toda la comida, sus numerosas conquistas en todas las clases sociales de la isla.

—A propósito de conquistas; ¿y Serafina?—preguntó Fagan pasando al salón donde les esperaba el café en la mesa de juego entre las fichas y una baraja nueva.

—¿Serafina? ¡Oh! cada vez más... Es una mujer ideal, sabe usted... Hay que venir á Córcega para encontrar... poetisa cocinera, unas piernas que ni Diana y además que no me cuesta un ochavo...

Pero aguarde usted un momento... va usted á juzgar por sí mismo.

Acudió al llamamiento de su amo. Era una buena moza, de talle robusto y piernas sólidas, pero de elegante dibujo, según se adivinaba por el modelado de la falda.

—Quítate eso—dijo el Barón alzando el pañuelo que llevaba á la cabeza y que le tapaba la cara, la frente pequeña cruzada por una larga cicatriz, los ojos parados y facciones duras pero correctas.

—Le doy á usted la enhorabuena, amigo mío—respondió Fagan á su huésped que á guisa de interrogación no hacía más que decir: «¿Eh?»—¿Pero de dónde proviene ese hermoso chirlo que tiene sobre las cejas?

La mujer había comprendido y contestó con orgullo: *U cultellu di u maritu*.

—Sí, querido, el bruto del arriero, por



una cuestión de celos... una terrible cuchillada... ¡Pobre borregota mía! y el Barón le daba palmaditas en las caderas con una mano mientras cortaba la baraja con la otra, impaciente por empezar la revancha que le había hecho llevar á Fagan á aquel tabuco.

Llamaron á la puerta violentamente.

—Sin duda será el traje—dijo Rouchouze; pero de pronto palideció al oír los pesados pasos y la risa de ogro que sonó en el corredor y luego en la cocina á donde Fermín había introducido al recién llegado.

—*¡U maritu!*—murmuró Serafina que tenía prisa de volver al lado de sus hornillas, mientras el Barón le decía por lo bajo: «Dale bien de comer...»

—¿Parece que se turba usted?...—preguntó Régis á su anfitrión. ¿Acaso es por la llegada de Otello?

—No... es que ese animal siempre que viene pide algo.

Por el corredor se acercaban unos zapatos con clavos y una mano ruda golpeó la puerta:

—Adelante—dijo el Barón que casi estaba afónico.

Entró un gigante afeitado, con el *pelo-ne* hasta los hombros, un pañuelo encarnado atado flojo alrededor de un cuello robusto y redondo que no parecía haber tostado el sol de las montañas, el pecho ancho y duro como una plancha de mármol y unas manos enormes, que eran lo que más chocaba de toda su persona, unas manos de color de tierra que daban vueltas á una gorra que olía á salvaje.

—¿Qué hay de nuevo, maese Palombo?

—Nada bueno, señor Barón... y con mucha calma, el marido de Serafina contó que en el monte Rotondo á dos de sus



mulas, magníficos animales, les había cogido una tormenta, se habían enfriado con la lluvia y ¡trás! las dos se habían muerto. Tenía que reemplazarlas en seguida porque de no hacerlo tendría que parar el comercio, en la buena temporada, lo cual era su ruina y la de sus hermanos... ¿Y dónde iba él á encontrar tanto dinero? ¡Entonces se había acordado... de que Serafina decía que el señorito era tan bueno para ella!...

Mientras estaba hablando, sus ojillos de elefante medio ocultos entre los pliegues de la piel no se apartaban del pañuelo de la cabeza que había dejado olvidado Serafina en uno de los brazos del sillón en que estaba sentado Rouchouze. La voz se iba haciendo cada vez más áspera, casi insolente á pesar de lo dulce de las palabras, y el Barón que seguía la dirección de las miradas y la progresión as-

cedente de amenaza, estaba tan conmovido con la presencia de aquel pingajo de seda como si el marido le hubiese sorprendido con su mujer sentada en las rodillas; perdía la cabeza, tartamudeaba de miedo y se informaba de lo que haría falta, de lo que necesitaría, su valiente, su excelente Palombo para reemplazar su par de mulas.

—Ochocientos francos, ni un escudo menos;—al decir esto el arriero que reservaba para el momento preciso un golpe de efecto, alargó la mano y con tono severo dijo: Esto ¿es de Serafina?...

La fisonomía del Barón se descompuso y vuelto hacia Fagan, y en voz muy baja le dijo: «En nombre de la piedad, amigo mío, présteme usted cuarenta luises y me salvará de una catástrofe.»

Cogió el ancho billete azul que Fagan le alargaba con disimulo y dándosele á



Palombo con magnífico aplomo y tranquilo desahogo:

—Toma ochocientos francos para las mulas, muchacho, y lo que sobra para tu mujer.

El rufián se metió el dinero en el bolsillo, dió las gracias y se volvió á la cocina donde se oyeron durante largo rato prolongadas risas y chichirrear el aceite en la sartén.

Después de este asalto, el Barón quería seguir jugando, pero su contrincante, dejando las cartas y cogiéndole las manos por encima de la mesa, le dijo cordial y casi paternalmente: No, no; vamos á dejarlo... se lo agradeceré á usted.

—Pero, querido...

—Sí, ya sé... quiere usted la revancha... es natural... pero yo tengo otra cosa mejor que proponerle. El dinero que le he ganado á usted en estos días, me está

pesando en el bolsillo; por esa razón me ha visto usted tan propicio y tan satisfecho hace un momento de poderle ayudar. Déjeme usted añadir á ese pequeño favor unos cuantos billetes de mil francos de los que su pícara mala suerte...

—¡Oh! ¡Sr. Fagan!...—balbuceó el infeliz muy emocionado...—Si usted supiera qué servicio me presta...

Y sin terminar la frase arrojando la careta de gomoso, se echó á llorar apoyada la cabeza en los puños, como lo que era, como un niño grande.

De pronto estallaron al pie de la ventana, estrepitosos toques de trompa.

—¡Ya están ahí!—gritó el Barón poniéndose de pie, secos ya los ojos.—¡Vamos!... ¡A vestirnos deprisa! y con las piernas metidas en las calzas de Mefisto, mientras se ponía la dantesca gorra, murmuraba con acento sincero: Este demo-



nio de Fagan... ¡qué buen amigo!... Pero Fagan no contestaba nada, ocupadísimo en ver cómo se colaba en el jubón mitad de un color mitad de otro y el gorro con cascabeles que le había prestado el barítono Paganetti.



En la sombra y entre la niebla del muelle alborotaban las máscaras amigos de Rouchouze. Todos tenían el mismo modo de hablar que su instructor y modelo, copiando el lenguaje del boulevard, de los círculos y de las cuadras que aquél usaba, y que ceceado con acento corso hacía el mismo efecto que harían las modas parisienses aplicadas á las mujeres de Tahiti.

—Mi amigo Rigoletto—dijo el Barón presentando á su convidado...

—En busca de su hija—añadió Fagan

por decir algo, y Rouchouze acercándose á su oído rectificó: De sus hijas...

—¡Calla! ¡Pues es verdad! no había caído en ello, y el padre sonrió al pensar en aquella coincidencia.

—¿Por dónde empezamos?—preguntó uno.

Fagan, que no quería pasarse toda la noche fuera de casa, respondió:—Por el Gobierno.

Atravesaron tres ó cuatro callejas estrechas y la comparsa muy animada á pesar de la obscuridad, escoltada por chiquillos, alumbrada con faroles de colores y perseguida por el estribillo repetido hasta la saciedad de una pesada canción del país, «—¡O Ragani! ¡O cho dotto!... ¡O Ragani! ¡O cho dotto!—» llegó á casa de La Posterolle en el momento en que terminaba la representación de la charada. Entraron alegremente en el gran



salón entre el runrún y el murmullo que acompaña al alivio que sienten las personas que se desentumecen y se mueven después de haber estado dos horas sentadas.

La variedad de trajes, la mezcla de colores, de penachos, de cintas y de plumas, fué acogida con risas y exclamaciones. Mientras avisaban á los dueños de la casa, Fagan se aseguraba ante un espejo de gran tamaño, de la transformación de su persona, de lo desconocido que estaba con el antifaz con barbas de encaje y la enorme gola que le tapaba el cuello. Ni su misma ex-mujer le reconocería, y seguro de esto, se dejó llevar por completo de la alegría que le daba pensar en tener el placer de sorprender á sus hijas en medio de aquella vida de sociedad donde él no podía tener entrada.

Uno á uno, el barón á la cabeza, la com-

parsa desfiló ante los Sres. de La Post-rolle y después empezó el paseo por los salones por entre dos filas de convidados.

Cuando Régis, que iba el último, llegó frente á aquella mujer que durante tantos años había sido la suya, le costó trabajo reconocerla. Desde la última vez que la había visto, había engordado, y el pelo que ahora llevaba empolvado de blanco formaba un bonito contraste con los hombros con los brazos que todavía estaban frescos y la expresión infantil de la cara que ya comenzaba á abotagarse: pero sí reconoció la sonrisa falsa en que se unía la expresión de los ojos con la de la boca y aquella sonrisa le dió un escalofrío de miedo. Le había hecho tanto daño y podía causarle tanto aún!... La saludó profundamente sin atreverse á mirarla y pasó en seguida á saludar al marido, altanero, cara de imbécil, calabaza vacía y sonora que



había ocupado su sitio en la almohada de Madame Ravaut.

—Yo conozco estos ojos...—pensó la señora gobernadora mientras se alejaba la comparsa y volviéndose á la Posterolle le dijo—¿quién es?

—No sé...—contestó éste de un modo evasivo.

Entre dos vallas de hombros desnudos, de flores, de plumas, de fracs negros, de galones dorados, de cintas, Fagan no hacía más que oír esta pregunta murmurada á su paso:

—¿Quién es?... ¿quién es?...

Á pesar de su habilidad para disfrazarse para fingir la voz y el modo de andar, habían conocido á todos los demás y por más que ellos decían riendo que «no» con la cabeza, la gente hacía inútiles las caretas pronunciando sus nombres—¡Calla!... ¡mira! si es Forcioli... Buenas noches Ba-

rón...—Pero el último, aquel grandullón que no hablaba y que se limitaba á agitar su *marotte* con cascabeles, en las narices de todos, ¿quién sería?

El no pensaba más que en sus hijas, extrañándose de no verlas. ¿Dónde estarían? Quizá cambiando de traje después de haber terminado la charada. Estaba pensando en como se arreglaría para esperarlas

en medio de la curiosidad que le rodeaba cuando aparecieron de pronto á la entrada del segundo salón; las dos juntas; su Rosa y su Ninita, y ¡qué deliciosas! Llevado siempre por aquel grupo que no podía ni romper ni apresurar, dejó caer en el oído





de la más joven un «buenas noches preciosa infanta» tan dulce, que la hizo estremecer bajo los lazos de raso de su largo justillo, y presintiendo la verdad, buscar la mirada de su padre que ya la había apartado en busca de la hermana mayor.

Con los cabellos flotantes hasta la falda de grueso damasco, Rosa miraba pasar las máscaras cogida del brazo de un buen mozo, muy joven de cara y solemnemente calvo, cuando sintió sobre la enguantada mano la caricia de una careta de terciopelo mientras una voz cariñosa, la voz de una persona que ella sabe que se ha marchado, que se ha embarcado la víspera, murmura; «buenas noches, hermosa veneciana».

Conmovida quiere contestar algo, pero la *marotte* de Rigoletto suena un instante á su lado y agitada después frenéticamente sobre la muchedumbre desaparece hacia

el jardín. Rosa quiere averiguar, busca por todas partes á Ninita y la encuentra en el primer salón conferenciando con Madame La Posterolle que está densamente pálida á pesar del colorete.

Con la peor de sus sonrisas, una sonrisa aguda como una flecha, la gobernadora dice muy bajo, como si estuviera hablando con las plumas de su abanico «yo me vengaré, hijitas mías... ¡os juro que me la ha de pagar!»

La música preludia un wals, empieza el movimiento de las invitaciones de las parejas que van á colocarse en sus puestos y las tres mujeres, la madre y las hijas, impresionadas de distinta manera, giran á compás del baile.